



LIBRO TERCERO.

SOLICITAN NUESTROS SANTOS desde el Cielo la veneracion de sus reliquias ; y al aviso de sus voces celestiales se hallan milagrosamente sus santos cuerpos : trasládalos la devocion á sitios mas dignos , y honra la Iglesia sus virtudes con veneracion y culto.

CAPÍTULO PRIMERO.

Aparécese S. Isidro dos veces , dando orden , de parte de Dios , para que su sagrado cuerpo sea trasladado del cementerio á la Iglesia: su traslacion solemne, con circunstancias dignas de la consideracion christiana.

El tiempo , que , tirano de la fama , suele cavar sepulcros en el campo del olvido para enterrar la memoria de los plausibles heroes , iba cada dia echando tierra al recuerdo de nuestro Labrador , hasta que tomó Dios por su cuenta vengar esta injuria del tiempo. Quiso su alta Providencia colocar en la memoria eterna (altar divinamente determinado para el justo) á Isidro , labrador de la tierra , ya cortesano de la Gloria ; y para eso desen-

terró del olvido su memoria, lloviendo el Cielo sobre su sagrado cadaver aguas como milagro , y milagros como agua. Estuvo enterrado en la sepultura del Cementerio de S. Andres quarenta años , sin que persona alguna lo visitase , ni hiciese aprecio de aquel rico tesoro. Como murió tan pobre , aunque vivió muy santo , con facilidad le echaron en olvido los mortales ; que quanto tienen de desafecto á la pobreza , tanto mas tienen de olvido á la virtud. Quan-

Quando llovía pasaba un arroyuelo de agua por encima de la sepultura , que andando tiempos , y pasando años , vino á calarla toda. Con la corriente que hicieron las aguas sobre el sepulcro , se fueron llevando poco á poco la tierra , hasta que casi se llegó á descubrir aquel precioso cuerpo ; prueba cierta de lo poco presente que tenían los hombres en su memoria al Santo difunto. Mas Dios , que tiene puestos sus ojos en los justos , guardando como dice David , todos sus huesos , sin permitir , como predica el Evangelio , que perezca ni aun un cabello de la cabeza de sus escogidos , dispuso que volviese Isidro á la memoria y veneracion del mundo por un medio de los mas milagrosos que se leen en las historias.

Vivia cerca de la Iglesia de S. Andres (dice Juan Diácono) un labrador honrado , con quien S. Isidro conservó en vida tan estrecha amistad , que habia sido su compadre. Estando este recogido por la noche ; se le apareció el Santo , y le dixo que estuviese con los Clérigos y Feligreses de aquella Parroquia , y les dixese , que mandaba Dios sacasen su cuerpo de la sepultura

del cementerio , donde estaba enterrado , y le trasladasen á lugar mas decente dentro de la misma Iglesia de San Andres. El labrador , acordándose de la humilde y pobre vida en que conoció á Isidro (como si á la pobreza y humildad no estuviera mas vinculada la honra y gloria) le pareció que aquello era mucho pedir para un pobre labrador , que habia vivido tan abatidamente. Hízose creer que aquella aparicion seria sueño , y falto de fe , y mas cobarde de ánimo , no quiso poner en execucion lo que su santo compadre le habia mandado de parte de Dios. No lo contó por gracia el pobre viejo ; pues luego le acometió una grave enfermedad , que no le dexó levantar de la cama hasta el dia de la traslacion del Santo.

Llegó el Domingo de *Quasimodo* (que en aquel año de 1212 cayó en el dia primero de Abril) , y se apareció segunda vez el Santo á una muger , vecina tambien de Madrid. Estaba la noche antes en su recogimiento esta virtuosa matrona , y quando mas despierta vió delante de sí al milagroso Labrador , que con semblante de gloria alegraba sus ojos ,

y regalaba con una dulzura espiritual su corazón. Acercóse mas á ella, y con afección celestial la dixo, como al labrador antecedente, que era voluntad de Dios fuese su cuerpo trasladado á un parage honorífico, dentro de la Iglesia de S. Andres: que fuese quanto antes, y se lo dixese al Clero y Pueblo de aquella Parroquia. La buena muger, no incrédula como otro Tomas, sino viva en la fe de aparición, como otra Magdalena, culpaba á la noche de larga, y esperaba con deseos el dia para executar el aviso del Cielo. Amaneció el referido dia primero de Abril, y apenas echó Dios su luz, quando sin dilacion pasó á dar noticia al Cura, á otros Clérigos principales, y á los parroquianos de mas autoridad. Corrió el aviso, y juntándose muchas personas eclesiásticas y seculares de juicio y prudencia, comenzaron á conferenciar sobre el caso. Unos referian allí las virtudes y milagros del siervo de Dios Isidro, que habian oido decir á muchos que le trataron. Otros, mas ancianos, contaban lo que por sí mismos habian visto y experimentado quando él vivia, reflexionando ahora con mas cuida-

do lo que antes habian dexado pasar con menos aprecio. Otros traian á la memoria las prendas de aquella buena matrona, que por su notoria honestidad y virtud se hacia digna de todo crédito. Todos, en fin, viendo que no desdecia aquella revelacion, antes bien era conforme á tanta virtud y santidad, fueron de unánime parecer que se pudiese por obra la traslacion.

A este tiempo se hallaba en Madrid la Corte del Rey Don Alfonso VIII, y en su asistencia el Arzobispo de Toledo, que era entonces aquel esclarecido Navarro D. Rodrigo Ximenez de Rada, no menos valeroso por el esfuerzo de su ánimo, que ilustre por la sabiduría de su entendimiento. Habia este Ilustrísimo Prelado el año anterior de 1211, pasado por una hija de Valde II, llamado *el Valeroso*, Rey de Dinamarca, con la qual estaba tratado de casar D. Fernando, Príncipe de Castilla. Murió este el Viernes catorce de Octubre del mismo año en Madrid, y habiendo alcanzado la noticia de esta muerte al Arzobispo en el camino, dió vuelta su Ilustrísima para España, viniéndose

por Roma: donde consiguió del Sumo Pontífice el *Jubileo de Cruzada* para la grande expedición que se intentaba contra los Sarracenos. Llegó á Castilla, y se vino en derechura á Madrid, donde estaba la Corte, manteniéndose en ella al mismo tiempo que Isidro vino desde el Cielo á solicitar sus honores.

Como tenían tan á la mano la ocasión, pasaron el Cura, Clérigos y gente principal de la Parroquia á estar con el Señor Arzobispo, y darle cuenta de la aparición. Hicieronle una relación breve de la vida y milagros del Siervo de Dios, unos según lo que habían visto, y otros según lo que tenían oído. Con esto el buen Arzobispo concedió su licencia para la traslación del venerable cadáver. Tomáronlo con tanto empeño, y se dispuso con tanta diligencia, que (ordenándolo Dios todo) se hizo la traslación aquel mismo día por la tarde. Asistió el Señor Arzobispo con la principal Clerecia y Nobleza de Madrid, mucha Grandeza de la Corte, algunos Xefes y Capitanes extrangeros, que á la sazón pasaban á Toledo para incorporarse con el ejército

que se iba formando allí contra los Moros: y en fin, un gran concurso de gente noble y plebeya de dentro y fuera de Madrid.

Fueron todos al cementerio; comenzaron á cavar; y como la corriente de las lluvias se había llevado tanta tierra del sepulcro, á pocas hazadonadas descubrieron el cuerpo del Varon santo tan entero, y sin corrupcion como el día que le enterraron. Hallaron la cabeza poblada de pelo, el rostro lleno, los huesos cubiertos de carne, y todo tan incorrupto y sano, como si la tierra y el agua hubieran sido bálsamo y mirra dispuesto para su conservación. Hasta la pobre sábana en que fue amortajado se halló limpia, sana y buena. Del cuerpo y mortaja salía un olor como de incienso, tan suavísimo, que confortaba los ánimos de los circunstantes, recreando al mismo tiempo dulcemente los sentidos. Sacaron con mucha reverencia el cuerpo santo, y en una decente urna le pusieron á vista pública. Fue indecible el gozo de todos al dexarse ver aquel difunto Labrador, amortajado de pobreza, y revestido de milagros. Prorrumpieron en demostraciones de ale-

alegría los corazones , juntándose á celebrar tan maravillosa invencion ojos y lenguas: estas con alabanzas á Dios , aquellos con lágrimas de contento. Pasaron en procesion el sagrado cuerpo á la Iglesia , donde le colocaron con la debida honra y decencia en una tumba , entre el altar de San Andres , y el colateral de San Pedro. Entre estos dos Príncipes de la Iglesia Católica tuvo nuestro Señor por mucho tiempo á su Siervo fiel , gozando las adoraciones christianas, y obrando muchos prodigios. Algunos , que sucedieron en su traslacion, referiremos ahora.

CAPÍTULO II.

Prosigue la relacion de la invencion y traslacion de S. Isidro : dáse noticia de otros sucesos milagrosos con que el Cielo y el Santo la hicieron mas gloriosa.

Quiso Dios hacer célebre la invencion , elevacion y traslacion del cuerpo de S. Isidro Labrador, obrando por él repetidas maravillas , con que llamó la devocion de los fieles á la veneracion y adoracion de sus santas reliquias. Quando es-

taban cavando en la sepultura del cementerio de la referida Iglesia para sacar el santo cadaver , al mismo tiempo que se llegó á descubrir comenzaron todas sus campanas á tocarse por sí solas; no con clamores de difunto, sino con sonido tan acorde y consonancia tan festiva, que se conocia bien no eran manos de hombres, sino impulso de Angeles quien movia sus lenguas. No paró aquí el prodigio: al punto que las campanas de esta Parroquia se empezaron á tocar á fiesta , siguieron las de las otras Iglesias de la Villa, tocándose todas, sin artificio humano, por ministerio angélico , tomando por su cuenta el Cielo publicar la fiesta , y convocar la gente. Grande era el gozo y alegría que infundia en los corazones el acorde estruendo y armonioso ruido de tantas campanas , que no cesó hasta que el santo cuerpo fue colocado en el honorífico túmulo que en la Iglesia le tenian ya dispuesto. Tanta fue la reverencia y respeto que causó este milagro en todos los fieles christianos, que (como dice el Diácono Juan) los de aquel tiempo, y los descendientes todos,

por tan divino prodigio dieron al Varon de Dios el título de *Santo*, llamándole siempre á boca llena *S. Isidro*, así mugeres como hombres, todos generalmente.

Fuera de la puerta de Toledo, á la orilla del camino real, estaba (dice el Diácono) un gran número de pobres pidiendo limosna á la mucha gente que pasaba de Madrid á aquella Ciudad. Entre ellos habia unos cojos, otros tullidos, otros contrahechos, otros ciegos. Oyeron el ruido general de las campanas; y enterados de la causa maravillosa que producía tan extraordinarios regocijos, se convidaban los unos á los otros, y mutuamente se animaban para ir al sepulcro del Santo á pedirle el remedio que cada uno para sí necesitaba. Juntáronse, y fueron en tropa con mucha alegría al cementerio donde habia estado enterrado el cuerpo del Santo. Tomaron de la tierra del sepulcro, y con viva fe se la ponian unos sobre los ojos, otros sobre las heridas, y otros tocaban con ella los miembros baldados; y á su contacto recibían los ciegos vista, y todos recobraban milagrosamente la sanidad,

manifestando nuestro Señor con tan prodigiosa gracia la mucha gloria que gozaba su fidelísimo Siervo.

Coronó esta funcion de prodigios el milagro que obró con aquel labrador su Compadre, á quien, como dexamos dicho, se apareció primero el Santo para la traslacion de su cuerpo. Como hizo tan poco aprecio de la virtud de su santo Compadre Isidro, y no dando entera fe á la revelacion, rehusó obedecer á lo que Dios le mandaba por su glorioso Siervo, fue penitenciada su incredulidad y desobediencia con una penosa enfermedad. Túvole postrado en la cama con bastante penalidad hasta este día, en que oyendo la alegría de las campanas y regocijo de la gente, preguntó la causa: respondieron á su pregunta contando lo que pasaba, y los milagros que estaba Dios obrando por medio de su antiguo Compadre y amigo Isidro. Saltáronsele las lágrimas al buen viejo, y comenzó á pedir perdon al Santo de su desatencion y falta de fe. Suplicábale que por el buen afecto que le debió en esta vida le diese salud para poder ir á la Iglesia á

visitarle en su nuevo monumento. Representábale algunos lances de amistad y confianza que habian pasado entre los dos quando en esta vida se trataban. No se hizo sordo nuestro Santo á los ruegos de su afligido amigo, que aunque á muertos y á idos, dicen, que no hay mas amigos, esto se entiende de los que solo fundan su amistad en carne y sangre: que de los que la zanján en verdadera caridad, es muy cierto, que nunca olvida quien bien ama. Aunque Isidro era muerto al mundo, estaba en el Cielo, conservó con este su Compadre la amistad verdadera. En aparecérsese glorioso lo manifestó primero, y despues en darle la salud que pedia; pues apenas hizo su representacion al Santo, quando se sintió bueno y sano milagrosamente. Levantóse de la cama y fue á darle gracias por el beneficio recibido: entró en la Iglesia, contando con mas lágrimas que voces la aparicion que el Santo le habia hecho; como castigó su culpable omision; como le acababa de dar salud, conocidamente milagrosa, con lo demas que le habia sucedido.

Con esto se renovaron en los corazones y lenguas de todos las gracias á Dios nuestro Señor, autor de todas las maravillas, porque fue servido de manifestar al mundo tan rico tesoro, y elevar en su Iglesia un tan gran Santo, para gloria suya y provecho de su pueblo. Quando el Cielo favorece á algun pais ó á algun reyno con la invencion de alguna imagen ó de algunas reliquias de persona santa, regularmente corona la felicidad con alguna nueva dicha: como sucedió á la Sicilia, pues encontró antidoto general contra la peste que tan cruelmente la affigia, quando halló el sacratísimo cuerpo de Santa Rosalía, que tanto deseaba. Así los Españoles se prometian, con el descubrimiento prodigioso de su santo Labrador, alguna felicidad grande; y en verdad que no fue pequeña la que de allí á cosa de tres meses y medio corono á nuestro Reyno. Esta fue la insigne victoria que en las Navas de Tolosa consiguieron contra los Moros las armas Españolas, auxiliadas de Dios, y asistidas de Isidro. Voy á referir el como.

CAPÍTULO III.

Memorable batalla de Don Alfonso el Bueno, Rey de Castilla, contra Mabomad el Verde, Miramamolín de Africa. Prodigioso triunfo con que desde las Navas de Tolosa llenó de inmortal gloria á todo el Orbe christiano el valor Español, guiado de nuestro santo Labrador, y protegido del Cielo.

El Rey de Castilla Alfonso VIII., llamado de unos *el Noble*, de otros *el Santo*, y de todos *el Bueno*, feliz abuelo de los dos gloriosísimos Príncipes S. Fernando Rey de España, y S. Luis Rey de Francia; heroe á todas luces grande, y entre quantos ilustraron los siglos á ninguno inferior, estando en Madrid hizo juramento de presentar batalla, dentro de un año, al Miramamolín de los Moros, que tenia tambien jurado no dexar las armas de la mano hasta llegar á Roma; y hacer la Iglesia de S. Pedro establo para su caballeriza. Juntó, pues, el Rey de Castilla Cortes, y su Consejo de Guerra, proponiéndoles su juramento y determinacion; y todos, de co-

mun acuerdo fueron de parecer se saliese contra los infieles, solicitando para tan grande empresa las demás potencias de la Europa. Despacharon Embaxadores á los Reyes de Aragon y Navarra, y á otros Potentados de la Christiandad, para que acudiesen contra el peligro que amenazaba á toda la Católica Iglesia. Quien puso en esto notable diligencia fue D. Fernando, Príncipe de Castilla, en quien superaba el valor á la edad; y á no haberle arrebatado la muerte en este mismo año, hubiera al siguiente poblado de bizarrías las Navas de Tolosa, y de gozosas complacencias los ojos y el corazon del Rey su padre, que en su juvenil, bien que experimentado valor, confiaba ya del todo los cuidados militares de su Reyno.

Murió este esforzado jóven el día 13 de Octubre de 1211, tratado ya de casar con una hija del Rey del Dinamarca. El Arzobispo de Toledo Don Rodrigo, como ya se ha dicho, iba á este tiempo camino de aquel Reyno para traer á España la Princesa novia, quando recibió la infausta noticia de la muerte del Príncipe. De orden del Rey pasó á la vuelta por Roma,

ma, y consiguió del Pontífice Inocencio III, para todos los que asistiesen á la sagrada guerra contra los Mahometanos el *Jubileo de la Cruzada*, con las mismas gracias y privilegios que pocos años antes su Santidad le habia concedido para la conquista de Jerusalem y tierra Santa. Por este motivo llegó quanto antes á Castilla el Arzobispo; y por los Reynos y Ciudades que pasaba su *Excelencia* (tratamiento que el Señor Rey Felipe V vinculó á la Dignidad Arzobispal de Toledo solo) venia predicando la Cruzada, y publicando el sumo peligro en que se hallaba la Christiandad toda por las partes de España; y que tenia ánimo el enemigo del nombre Christiano de no parar hasta batir los muros de la Ciudad de Roma; injuria que se extendia á todos los Príncipes en cuyos corazones residia la fe de Jesuchristo: que era tanta la arrogancia del bárbaro Africano, que se prometia por segura la destruccion de quantos en el mundo adoraban la Cruz. Con esta diligencia movió este Prelado, no solo á innumerable gente popular, sino tambien á muchos Grandes y Príncipes, que

con sus gentes pasaron á España con el fin de coadyuvar al Rey de Castilla, cuyo deseo era arruinar la perniciosa secta de Mahoma, y asegurar en sus Reynos la Religion Católica.

Por el mes de Febrero del siguiente año, que fue el de 1212, dos meses antes de la invencion de S. Isidro, comenzaron á venir las tropas extrangeras á Toledo, donde se formaba la suntuosa expedicion. A principios de Junio, dos meses despues de la traslacion de nuestro Santo, ya se hallaban, de solo las Naciones forasteras, doce mil caballos, y cincuenta mil infantes en aquella Ciudad. D. Pedro II, Rey de Aragon, vino á Toledo con tres mil y quinientos soldados de á caballo, y veinte mil de á pie. D. Alonso II, Rey de Portugal, murió á este tiempo en Coimbra: mas con todo eso envió aquel Reyno un buen cuerpo de gente. Con el Arzobispo de Toledo se juntaron otros ocho Obispos. Los Maestres de las Ordenes Militares, de los Templarios, de Santiago y Calatrava, con Frey D. Juan Gelmirez, Prior de S. Juan, y un sin número de Caballeros, Grandes y Poderosos. En fin se juntó tan buen

buen cuerpo de ejército, que solo para la conduccion de víveres y equipages se previnieron en Toledo sesenta mil carros. A no afirmarlo el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo, como testigo de vista, se tuviera por ponderacion; y mas entonces, que la apretura de los tiempos era grande y mucha la pobreza del Real erario de Castilla; pero sobre el zelo católico de los Reyes, y buena administracion de sus fieles Ministros, llueve prodigios la providencia del Rey de los Reyes Christo.

Mahomad, llamado *el Verde* por el turbante de este color que comenzó él á usar, se hallaba ya hecho *Miramamolín*, título que aquellos Mahometanos daban á su supremo Rey; y significa Príncipe de los Creyentes. Este viendo el desafio del Rey de Castilla, y prevenciones militares de los Príncipes Christianos, convocó á los otros Reyes Moros, y sobre la mucha gente de guerra que tenia, hizo venir nuevas tropas de Africa. Juntáronse con el *Miramamolín* treinta Reyes infieles, (segun refieren las historias) ochenta mil caballos, quarenta mil negros, y mas de doscientos mil Soldados. Traian para el comboy tres mil ca-

mellos: y en fin, dicen que todo el cuerpo de su ejército constaba de mas de quatrocientos mil hombres. Todo se hace creible, si con reflexion se atiende á que aquella tan basta y bárbara nacion estaba ya con arresgado empeño de conquistar estas regiones del Occidente, destruyendo toda la Christianidad; pues ya se hallaban recelosos de la total pérdida de España, temiendo no se alargase al Africa su ruina.

El día 21 de Junio salió de Toledo nuestro ejército. Regía la vanguardia, en que iban las tropas extranjeras, D. Diego Lopez de Haro, uno de los mayores Señores de Castilla, hermano de Doña Urraca, Reyna viuda de Leon, y de Doña Mencia, que lo fue de Portugal. El cuerpo del ejército mandaba el Rey de Aragon, y la retaguardia nuestro Rey D. Alfonso. Ganaron en el camino á Malagon y otros lugares de provecho. Al llegar á Calatrava, la gente extranjera volvió pies á atras, temiendo que los excesivos calores del pais les impediria obrar con el valor que prometieron al principio; pero luego en Alarcos se les juntó D. Sancho el Fuerte, Rey de Navarra, que con-

su tropa auxiliar resarcíó la falta de los soldados forasteros. Guiados de la estrella de su fe caminaron los tres Reyes hasta llegar al pie de Sierra Morena. Aquí les salieron al encuentro los Moros, para guardar el Puerto de la Losa, por donde forzosamente había de pasar nuestro ejército, en cuyo sitio se halló en tan conocido aprieto, que fue bien necesaria su fe y su animosidad para no desistir.

Juntaron los Reyes su Consejo de Guerra, á fin de conferenciar la deliberacion que se debía tomar en tanto riesgo. Muchos, ó los mas, eran de parecer que para precaver aquellos estrechos, que tan pertrechados tenia el enemigo, debían retirarse, y hacer las marchas por caminos menos fragrosos, hasta entrarse en el Andalucía. El Rey Don Alfonso al oír esto, saltando en su Real pecho aquel corazon magnánimo, dixo, que de ninguna manera convenia dar paso á atrás, pues retroceder los Reyes era infundir en los contrarios aliento, y cobardía en los propios; y mas quando con la vuelta de los extranjeros, muchos acobardaron tanto, que intentaron huir;

y sobre todo, que en semejante determinacion se arriesgaba mucho la fama de las personas Reales. Ninguno se atrevió á contrarrestar el dictamen del Rey. D. Diego de Haro envió luego á su hijo D. Lope con un destacamento á registrar la tierra: recorrió aquellos montes, y en lo alto se apoderó del lugar de Ferral, mas no quiso acometer al Puerto de la Losa, temiendo, como era razon, lo muy estrecho del paso, y la multitud de Sarracenos que guardaban el Puerto. Volvió el valiente joven, y significó á los Reyes, con la retórica de su mucha prudencia, lo árduo del intento, y la dificultad de la empresa.

Los Soldados, que mas facilmente dan crédito á las opiniones de desgracia, que á los pronósticos de fortuna, perdieron la esperanza, y creciendo el miedo en los mas, se vieron en punto de abandonar el campo. Veian que si se determinaban á abanzar el paso para seguir el camino, era segura la derrota de los nuestros y la victoria de los enemigos: volver atrás los Reyes era desdoro grande de sus personas Reales; y guardar el sitio era á su parecer, temeridad; pues por falta de

bastimentos perecerian á rigores de la necesidad. Considerando las cosas casi de todo punto perdidas, *¿qué hemos de hacer?* dixeron todos. El buen Rey de Castilla, con los intentos que tenia concebidos á favor de la Religion Católica, respondió, que todos solicitasen el socorro del Cielo, pues Dios, como Omnipotente Señor de los exercitos, sabe auxiliar las tropas con mas gloria en los lances de menos esperanza.

Luego que el Católico Rey manifestó el esfuerzo de su pecho, la confianza de su corazon, y la viva fe de su alma, se presentó allí un Pastor ó Labrador de buen aspecto. Dixo al Rey que él tenia mucho conocimiento de aquel país, y sabia muy bien los parages y sendas de aquellos montes; que si gustaba, él guiaria el ejército hasta las cumbres con seguridad. No le pareció mal la promesa al Rey, y así se fió de aquel buen paysano con cordura, y no sin interior impulso. Levantóse el campo, y comenzó á caminar el ejército por su orden. El Pastor iba delante como aladid de todos. Seguianle inmediatamente D. Diego Lopez de Haro y D. Garcia Romero,

Caballero principal de Aragon, y despues de estos los Regimientos por su orden Militar. El camino por donde les guiaba, segun el parecer, iba á dar muy distante del parage á donde convenia ir, y tan al reves de lo que deseaban, que la gente militar (como el Pueblo de Israel por el otro desierto caminando) no cesaba de quejarse contra el Rey, murmurando de quien se fiaba de un Pastor. El *Miramamolín*, pensando que aquella retirada era medrosa fuga, se llenó de presuncion tan arrogante, que escribió á varias partes diciendo que dentro de tres dias tendria en su poder los tres Reyes Christianos, muertos ó cautivos.

Entretanto iba caminando nuestra gente por parages, que parecia no haber sido jamas pisados de hombres, sino solo de fieras; y al fin, por entre espesuras y riscos, por valles y por cerros eminentes, quando menos pensaron, aunque con gran trabajo, se hallaron en la cumbre de los montes, á vista del ejército contrario. En un espacioso llano, que llamaban *Navas de Tolosa*, sentaron los Reyes sus Reales, y lo demas del ejército se acampó por los collados y llanuras cercanas. Luego que
se

se vieron en tan buen sitio, y tan á propósito, volvieron los ojos para ver al Pastor, y agradécerselo, y como no le encontrasen, mandaron los Reyes buscarle; pero por mas diligencia que pusieron, no pudieron hallarle.

Los infieles quedaron admirados, creyendo que los nuestros habian oradado aquellos impenetrables peñascos; y viendo que todo el ejército Christiano estaba tan cerca; y acampado en un puesto tan ventajoso, se acobardaron mucho. Al contrario los Christianos, cobraron ánimo, mirando ya vencidas tantas dificultades; aunque, por la mucha fatiga con que llegaron el Sábado á la cima de los montes, omitieron el entrar en batalla hasta el Lunes siguiente, lo que no fue en valde, pues se publicó á voz de pregon un decreto Real, en que se mandaba que todos los Christianos se confesasen para ganar el Jubileo; y habiéndolo executado los que pudieron, y los que no, recibido la bendicion Episcopal en lugar de comunión, deseaban con anhelo finalizase la noche para empezar el combate. Llegó el deseado dia Lunes 16 de Julio, y apenas echó Dios su luz, quan-

do se trabó la batalla entre aquellos dos tan poderosos ejércitos.

Por mucho tiempo estuvo muy dudosa la victoria, ya por los nuestros, ya por los contrarios. La gente de la vanguardia, y despues los batallones del cuerpo del ejército Christiano, se llegaron á desordenar algun tanto, y parece intentaban retroceder medrosos. El Rey D. Alfonso viendo esto, apretó espuelas al caballo, y ya se iba á meter por lo mas espeso del ejército enemigo, á no detenerle el Arzobispo D. Rodrigo, gritándole: *Que en la vida de su Magestad consistia la victoria.* Con esto se detuvo aquel magnánimo Principe, y con razon, pues no parece dictamen acertado exponer el General su vida á conocido riesgo por alentar el valor en sus soldados; y mas enseñando la experiencia, que (aun quando en la actualidad del combate está alentando favorable la fortuna) estos desfallecen al punto que aquel les falta. No se mejoraban los sucesos de la batalla, antes se iban empeorando, hasta que con el ultimo esquadron se adelantó el Rey, clamando al Arzobispo de Toledo: *Ea, Arzo-*

bispo, aquí de los nuestros, muramos aquí nosotros : A que respondió el animoso Arzobispo : *¿Qué es morir ? No crea vuestra Magestad que hemos de morir aquí, antes bien hemos de salir felizmente victoriosos.* Asi fue ; pues á vista de la generosidad y valor con que los últimos Regimientos se portaban en aquella funcion, los otros se volvieron á formar en buen orden, y cobraron tanto brio, que al fin se aclamó la victoria por parte de los Católicos. El Miramamolín Mahomat, con solos quatro hombres de guardia, se escapó en un mulo, sin dexarle respirar el miedo hasta Jaen. Quedaron muertos de su ejército doscientos mil Moros, y ciento y ochenta y cinco mil prisioneros ; sin haber faltado de los nuestros mas que veinte y cinco soldados. ¡ Cosa, por cierto, prodigiosa ! pero no es menos admirable el que con haber sido tan crecido el número de los muertos, no se hallase en todo el campo rastro ni señal alguna de sangre. Misterio maravilloso, que ha ocultado Dios á nuestra comprensión entre los altísimos juicios de su eterna sabiduría.

En una Historia del mis-

mo Rey D. Alfonso, que se conserva manuscrita en su Real Monasterio de las Huelgas, junto á la ciudad de Burgos, tengo leído, que asistieron á esta batalla nuestro Patron el Apostol Santiago, el Rey D. Fernando el Magno, el Cid Campeador, el Conde Fernan Gonzalez, y muchos Angeles. Lo que fue visiblemente cierto á los ojos del Rey de Castilla, y de otros muchos, es, que quando los Christianos se hallaban en el mayor conflicto de la refriega, se apareció en el Cielo una Cruz milagrosa : Don Alvaro Nuñez de Lara, que llevaba el estandarte de Castilla, en que iba una Imagen de nuestra Señora la Virgen Maria, llegó con su caballo á un cerco grande de cadenas, con que tenían cercados sus Reales los Africanos para impedir el paso á nuestra caballeria : al llegar allí arrimó espuelas al caballo, y brincó con el estandarte Real por encima de aquel muro de hierro ; siendo, mas que extraordinario salto, milagroso vuelo. Entró en aquel cerco, corrió por medio del ejército á una y á otra parte, y no solo no recibió daño alguno, sino que por donde pasaba, iban cayendo

de repente los Moros arruinados en tierra á vista de la Virgen Maria que llevaba en el estandarte. Don Domingo Pasqual, Canónigo de Toledo (despues Dean, y últimamente Arzobispo de aquella Primada Iglesia), atravesó dos veces el ejército de los Sarracenos, llevando, como es costumbre, levantada la Cruz Arzobispal. Todos los enemigos, á porfía, procuraban matarle, pero ni aun la mas leve herida recibió; antes las saetas que le tiraban se quedaban clavadas en la Cruz: prodigio que causó á los Moros espanto, y á los Christianos aliento. Por esta maravilla, y por la Cruz milagrosa que se apareció en el ayre, celebran las Iglesias de España esta esclarecida victoria con el título de *Triunfo de la Santa Cruz*.

Concluida la batalla, el mismo gozo del vencimiento les traxo á la memoria el buen Pastor que al principio guió el ejército hasta un sitio tan favorable, que fue el fundamento para conseguir tan feliz triunfo. Volvió á mandar el Rey que sin perdonar diligencia alguna le buscasen otra vez; pero por mas cuidado que pusieron no hubo forma de encontrar ni aun señal de

tal hombre. Considerando que se desapareció al punto que dexó al ejército en salvo, y que ni se volvió á ver mas, ni se pudo adquirir noticia de él, creyeron desde luego que era algun Angel. En esta inteligencia estuvieron hasta que volviendo el Rey á Madrid conoció claramente que era S. Isidro Labrador, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Certificado el Rey de haber sido S. Isidro el buen Pastor que guió el ejército Christiano, le edifica una Capilla en demostracion de su agradecimiento; y los vecinos de Madrid, en prueba de su devocion, fundan una Cofradía para su mayor culto.

Mucho se divirtió la pluma en la narracion de la batalla, pero bien se la debe el perdon, al paso que aquel triunfo merece nuestra eterna memoria; pues nunca el nombre Christiano se coronó con lauro mas fondoso, ni la Nacion Española se miró con gloria mas crecida. *El Rey de Castilla desde entonces comenzó, dice el Padre Mariana, á ser tenido como Prín-*

Príncipe venido de los Cielos, y mas que hombre mortal. Prosiguió despues de la victoria, persiguiendo á los enemigos con ánimo de no parar hasta arruinarlos del todo, ó hasta echarlos del Reyno, segun ley de Milicia. Hubiera conseguido su intento, á no haberle obligado la destemplanza del clima á retirar su gente en un tiempo tan fuera de propósito para buscar países mas templados, donde se libertase el ejército Católico de las enfermedades que empezaron á acosarle con tenacidad. Altísimos juicios de Dios, que debemos adorar mas que inquirir. Por esta causa volvió el Rey desde Ubeda á su Corte, donde fue recibido como triunfador, con las singulares demostraciones de alegría que le tributó el cariño de todos sus vasallos.

A este tiempo resplandecia cada dia mas S. Isidro en milagros, y haciendo eco en el corazon del Rey la fama de tantas maravillas, le vino á visitar de paso, ó de propósito, ó lo que es mas cierto, por disposicion de Dios, que quiso se supiese á quien debia la Christianidad tan provechosa victoria. Entró el Rey en la Iglesia de S. Andres de Madrid, acompañado del Arzobispo

de Toledo, de muchos Grandes de Castilla, Capitanes, Caballeros y Señores. Abrieron la caja en que estaba el cuerpo del santo Labrador; adoróle el Rey con grande afecto, y despues de haberle mirado y remirado con atenta devoción, se volvió á los circunstantes, y les dixo: „verdaderamente este Santo es el que en traje de Pastor se nos apareció, nos enseñó el camino, y nos ayudó á conseguir la victoria de los Moros.“ Algunos de los que le habian visto allá en el campo se llegaron mas cerca, y mirándole con toda reflexion contestaron el dicho del Rey.

Desde entonces hasta ahora quedó asegurado que S. Isidro de Madrid fue á quien se debió tan memorable triunfo, por haber guiado el ejército Christiano, ocultando los lucimientos de cortesano celestial, entre las humildades del pellico y cayado pastoril. Esta verdad se expresaba claramente en el *Oficio del Triunfo de la Cruz*, que desde aquel tiempo se rezó hasta el año de 1584, en que el Cardenal Quiroga dispuso nuevo Quaderno de los Santos de su Arzobispado de Toledo, que aprobó y confirmó la Santidad de Gregorio

XIII. Consta tambien por fe de Notarios Apostólicos en las visitas del Cuerpo santo. En el Proceso de su Canonizacion afirman muchos testigos, ser público y notorio, pública voz, y fama antigua: demas de esto, Historiadores antiguos de mucha autoridad, nos lo dexaron escrito para perpetuo reconocimiento de beneficio tan grande.

Conociendo el Rey lo mucho que debia á San Isidro, mandó se le edificase una Capilla en la misma Iglesia Parroquial de S. Andres, para levantar su sagrado Cadaver á lugar mas honórico. Hizo tambien fabricar una Arca de labor Mosayca, preciosa, y para aquellos tiempos de bastante curiosidad. En ella se pintaron varios milagros del santo Labrador, y sobre ella colocaron una estatua suya de talla, guarnecida de láminas de plata dorada, de peso de treinta marcos. Concluida esta obra (ó

en el otoño de aquel mismo año de 1213, ó en la primavera del año siguiente, que fue el último de la vida del Rey) pasó la Corte de Toledo á la Ciudad de Burgos. Detuviéronse los Reyes algunos dias en Madrid, y en este tiempo trasladaron á la Real Capilla el Cuerpo santo, puesto en aquella nueva arca, que colocaron elevada sobre unos leones de piedra. Con gran solemnidad se hizo esta segunda traslacion: asistió á ella el Rey D. Alfonso y su muger la Reyna Doña Leonor, con sus hijos D. Enrique, Príncipe de Castilla, y Doña Berenguela, Reyna de Leon, madre de San Fernando. Acompañábanlos muchos Grandes del Reyno, Capitanes, Consejeros de Estado y Guerra, la Clerecía, y pueblo de Madrid, como se expresa en el tercer Himno, que en el Oficio antiguo de la traslacion del Santo cantaba la Iglesia.

*Jam Reges, Duces, Judices,
Jam Fidelis Ecclesia,
Genuflectuntur supplices
Pro Summi Regis gloria,
Qui Justos amat simplices,
Miratque prestat premia.*

*Ta los Reyes, Capitanes,
Jueces, y la Iglesia Fiel
Hincan la rodilla humildes
Por gloria del Sumo Rey,
Que da milagrosos premios, (lleza.
Amando de los Justos la santa senci-*

Colocado el Santo en esta nueva Capilla, comenzaron

desde luego á venerarle como á Patron, y á celebrarle con
fies-

fiesta propia. Bleda dice, que en la Iglesia de S. Andres se celebraba la fiesta de su nacimiento; y aunque no dice el dia, se discurre era á 4 de Abril, en el qual con Misa solemne, y alguna otra demostracion festiva, harian conmemoracion de su dichoso nacimiento. A 30 de Noviembre se celebra tambien la fiesta de su gloriosa muerte, como consta por las Ordenanzas antiguas de la Cofradía del Santo, que en el año de 1487 se trasladaron en pergamino, y se conservan en el Archivo de S. Andres. Pero la festividad que celebraban con mayor culto era la de su invencion y traslacion, el Domingo despues de Pasqua de Resurreccion. En este dia se celebraba la principal fiesta de nuestro Patron S. Isidro con Misa y Oficio propio; cuyos Hymnos trae en su *Vida* Juan, Diácono de la Almudena, que la escribió quarenta años despues de su milagrosa invencion, ó poco mas. Duró este Oficio hasta el tiempo de San Pio V, en que se dexó por la poca elegancia, y por conformarse con el Breviario Romano, reformado por decreto del Sacro Concilio.

Para explicar los vecinos

de Madrid la gran devocion que ya profesaban á su santo patriense, fundaron en la nueva Capilla hácia el año de 1568, una Cofradía, para mas cuidado del culto y veneracion del santo Labrador, á quien desde entonces eligieron por su especial Patron. La Historia del referido Juan Diácono, que es la mas antigua, hace expresa mencion de esta Cofradía (como de cosa ya ordenada, y de años antes establecida) cincuenta y nueve años despues de la invencion del cuerpo de nuestro Santo. Fue autorizada con la grandeza de España, y primera Nobleza de Madrid, y aprobada por muchos Cardenales, y Arzobispos de Toledo. Los Sumos Pontífices la enriquecieron con indulgencias y privilegios; en particular el Papa Gregorio XIII despachó en 15 de Julio de 1584 dos Bulas á favor de S. Isidro: una para su hermita, y otra para su Cofradía, en que la aprueba por buena y santa, concediendo Indulgencia plenaria á todas las personas que el Domingo de Quasimodo visitaban la capilla y altar en que dicha Cofradía estaba fundada. De esta, de sus indulgencias, y de el oficio propio con sus himnos,

nos; hicieron apreciable expresion los Oidores de la Sacra rota, y el Cardenal de Monte en la Relacion que ante el Pontífice Gregorio XV hizo Lunes 19 de Enero de 1622 de la vida y milagros del Santo, para su Canonizacion solemne. Ultimamente el Obispo de Novara, Nuncio Apostólico en España, á 12 de Marzo de 1537 unió esta Cofradía con la del Santísimo Sacramento, que fundó el mismo S. Isidro quando vivia en aquella Parroquia, poniendo expresa condicion que se ha de intitular siempre: *Cofradía del Santísimo Sacramento y S. Isidro Labrador*. Cincuenta años despues, á 10 de Febrero de 1587, el mismo Nuncio, por autoridad Apostólica, confirmó esta union de las dos Congregaciones, quedando incorporada en la del Santísimo la Cofradía del Santo, por cuya intercesion ha sido ilustrada de nuestro Señor con grandes prodigios. Es digno de notar lo que sobre esto contiene el Capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

Honra S. Isidro su Cofradía con un singular milagro y con otros favores manifestada lo mucho que agradece se alisten los fieles por sus Cofrades.

Las Cofradías, como dice nuestro S. Francisco de Sales, no son expresamente de precepto pero no obstante, son tan encomendadas por la Iglesia, que para mostrar lo que desea que entren muchos en ellas, concede á sus individuos muchas indulgencias, gracias y privilegios; y los Santos cada dia estan premiando el zelo y devocion de sus Congregaciones con prodigiosas demostraciones de agradecimiento, como se ha experimentado en nuestro santo Labrador. Antiguamente la Cofradía de este Santo, ó por estatuto ó por costumbre, daba de comer á diez y seis pobres. Llegó el dia que tenian determinado para esta limosna, y despues que comieron sobró un poco de comida en la olla. Mandó el Mayor-domo que llamasen á otros dos pobres para dárselo en reverencia de S. Isidro. Entraron, y sentados á la mesa,

T los

los que servian repartieron entre aquellos dos todo quanto habia quedado. Otros pobres que estaban á la puerta no cesaban de clamar que por el bendito S. Isidro les diesen á ellos alguna cosa. Viendo el Mayordomo los importunos clamores, dixo á los sirvientes que fuesen á ver si habia quedado en la olla algo de comida. Respondieron todos que nada habia sobrado. No obstante fueron por la olla para demostrar que estaba totalmente vacia; pero, ¡oh Providencia de Dios! la hallaron llena milagrosamente de carne bien cocida y sazónada. Quedaron todos admirados, y por entonces callaron aquel tan evidente prodigio. Llamaron otros diez y seis pobres, y les dieron de comer con abundancia. Mas viendo que iba sobreabundando la comida, no obstante que lo sazónado del gusto sobrañadió apetitos á las buenas ganas de la necesidad ya saciada, pasaron á buscar mas pobres á quien repartir la comida que habia demas, hallándose con esto precisados á publicar el milagro. Esta prodigiosa liberalidad con que honró nuestro Santo á su Cofradía por aquella limosna que en su nombre hacia á los

pobres, refiere el primer escritor de su Vida.

Julio de Pertegalestuvo mucho tiempo casado con Catalina de Villanueva, sin tener sucesion: deseaba la mucho, y pedíanla á Dios con súplicas y oraciones. Cumplió sus deseos la Magestad Divina, dándoles el año de 1588 un hijo por fruto de bendicion. Estaban muy contentos con este beneficio del Señor; pero presto se les convirtió el gozo en llanto, pues apenas tenia el niño un mes, quando le dió una enfermedad de calenturas que le duraron mas de otro mes. Estuvo seis dias sir tomar el pecho, con que la pobre criatura se vino á quedar en los huesecillos solamente; y el Médico, viendo que no habia allí capacidad para remedio alguno, se despidió. En el mismo dia, teniendo su padre al niño en los brazos espiró. Como Julio no tenia otro hijo lo sintió tanto, que se le saltaron las lágrimas. Diósele á su muger, y dexándole ya muerto en sus brazos se retiró por no aumentar con su sentimiento la pena de su consorte. Estando retirado encomendó el infante muerto con muchas lágrimas á S. Isidro Labrador, suplican-

cándole, que pues no tenia otro, le alcanzase vida para aquel hijo, con el mucho poder que tenia con Dios; y añadió: *Glorioso S. Isidro, si dais vida á este niño, prometo desde luego entrarle en vuestra Cofradía, y hacerme yo tambien vuestro Cofrade.* Al punto que acabó de hacer esta promesa, se movió el niño, abrió los ojos, comenzó á llorar, y arrimándole la madre el pecho, mamó; y en espacio de tres horas quedó bueno y sano del todo. Los que se hallaron presentes á tan conocida maravilla se quedaron pasmados, y sin mas facultad que para repetir con admiracion el dulce nombre de Jesus.

No merece menos atencion otro milagro que obró con un Notario Apostólico, llamado Juan Martinez de Figueroa, en 1593. Hallábase éste en Madrid enfermo de perlesia. Agravósele tanto el mal, que los Médicos le desauiciaron, y todos perdieron la esperanza de su salud. El padre del enfermo, que sentia su muerte sobre todo encarecimiento, se llegó á la cama y le dixo: que tuviese mucha fe con S. Isidro, que iba á sentarle en su

Cofradía, con esperanza de que habia de conseguir por este medio su salud. Fue se sin detencion á la Iglesia de S. Andres, y pidió sentasen á su hijo por hermano en el libro de la Cofradía de S. Isidro. Hecha esta diligencia volvió al enfermo: *Hijo, ten confianza en Dios y en S. Isidro Labrador (le dixo) que luego estarás bueno, pues ya eres su Cofrade.* ¡Tu que tal dixiste! apenas oyó el enfermo á su buen padre estas tan confiadas palabras, quando se le introduxo en el corazon una tan esforzada fe, que sin mas ni mas pidió al punto le diesen sus vestidos, que queria ir á visitar el cuerpo del Santo. Alargóselos su padre, y al instante se levantó, y fue á la Iglesia sano y bueno, como el mismo lo depuso con juramento en el Proceso de la Canonizacion.

CAPÍTULO VI.

Manifiestan los Angeles la amistad con S. Isidro, honrando su sepulcro con celestiales obsequios.

Es complacencia dulce de los Angeles del Cielo ver á los Justos esmerarse

en servir á Dios; y quando les miran empleados con diligencia en esto, ellos con solicitud les asisten y favorecen, manifestándose tal vez siervos de los que se precian serlo de su propio Señor. Esto logró S. Isidro en el discurso de su vida por su pureza de ánimo, sencillez de corazón, y frecuente trato con Dios en la oración. Acompañábanle los Espíritus celestiales, como buenos amigos y fieles compañeros, en la Iglesia, en su casa, en las calles y en el campo. ¡Qué de veces conocía la angélica asistencia en las ilustraciones celestiales con que de improviso se hallaba movido fuertemente á prorrumpir en alabanzas del Criador! Otras sentía su alma, aunque no lo veía el cuerpo, la compañía de los Angeles, que venian del Cielo á estarse con él en la tierra. Muchas le ayudaban visiblemente en el trabajo cavando y arando mientras él oraba; de suerte que interin Isidro oraba como un Angel un Angel araba como Isidro. Guiábanle la yunta, abrian los

surcos, deshacian los terrones, le sembraban el grano, le ayudaban á escardar y arrancar las malas yerbas y zizaña, que sufocan la buena semilla. Acompañábanle en la siega, y le ataban los haces. Ellos eran los que tal vez le acinaban las mieses y se las tendian despues en la era para echar el trillo: los que amontonaban, y aun vieldaban los montones con acrecentamientos milagrosos. En fin, siendo Cortesanos del Cielo y Principes de la Gloria, no se desdeñaban de meterse á labradores y jornaleros por comunicar familiarmente con Isidro: „De la qual comunicacion con los Espíritus Angélicos, y amigable familiaridad (como se dice en la Relacion al Papa) se hace un grandísimo argumento de la sinceridad, pureza de ánimo, y suma santidad de este Siervo de Dios Isidro.“ (1)

No fueron menos generosas las demostraciones de amistad que manifestaron con S. Isidro despues de su glorioso tránsito, para descubrir su santidad, y publicar sus

(1) *Ex qua familiaritate elicitur quodam maximum argumentum sinceritatis, & puritatis animi, ac summe sanctitatis istius famuli Dei Isidori.* Rel. art. 1. de Sanctit. in gener.

sus merecimientos. No solo en la Invencion de su santo cuerpo se tocaron las campanas de la Villa, por ministerio de los Angeles, sino que despues de trasladado á la Iglesia y colocado en su primera Capilla, baxaban de noche estos soberanos Espíritus, y cogiendo la lámpara que ardia delante del Santo, daban con ella una vuelta á toda la Iglesia, sin verterse el aceite, ni apagarse su luz. Volvian despues á la Capilla del Santo y la ponian en su sitio, hallándose á la mañana en la misma forma que la dexaban por la noche. El fin de esta celestial ceremonia se oculta á nuestra corta comprehension.

En la Historia mas antigua del Santo se cuenta, que estando un buen hombre, llamado Garcia Perez, velando una noche en la Iglesia, segun costumbre muy usada en aquel tiempo, se quedó dormido, y mientras tanto se apagaron todas las lámparas. Despertó Garcia, y hallándose á obscuras, salió de la Iglesia á buscar luz; pero quando volvió halló la

lámpara que estaba delante del sepulcro del Santo encendida milagrosamente con luz del Cielo. Maravilla con que repetidas veces honró Dios la santidad de su Madre. En el Convento de los Minimos, que en la villa de Camarena fundó un muy christiano y devoto labrador, se venera una preciosa imagen de nuestra Señora del Rosario, delante de cuyo altar hay una lámpara perpetua. Habiéndose apagado en una ocasion, fue el Religioso Sacristan á encenderla, y antes de llegar á ella se encendió milagrosamente con luz tan prodigiosa, que reverberaba en el Coro con mas claro resplandor que el ordinario (1). Sucedió este prodigio en tres ocasiones por el mes de Setiembre de 1612. Asi tambien honró el Cielo á S. Isidro muchas veces, enviando luz milagrosa para ilustrar su sepulcro.

En el Proceso de la Canonizacion (2) se halla testificado con juramento haber sucedido en la Iglesia de S. Andres, donde se veneraba S. Isidro, que apagadas las lám-

(1) Consta por testimonio comprobado por autoridad del Ordinario.
 (2) Proceso del Cardenal Quiroga.

lámparas del Santísimo, y la de la Capilla del Santo, á poco tiempo después que las hallaban apagadas, de repente las veían luego encendidas, sin que persona humana hubiese puesto luz en ellas. Sucedia esto algunos días entre semana, pero en los Sábados era con mas frecuencia. De suerte, que no pocas veces, dexando apagada la lámpara del Santo el Viernes por la noche, al Sábado por la mañana la hallaban encendida, no por mano de hombres, sino á diligencia de los Angeles. Estos soberanos Espíritus (se refiere tambien en el mismo Proceso) baxaban los Sábados á la Capilla de nuestro Labrador, y con dulcísimas músicas cantaban canciones de alabanza á Dios y al Santo; que se oyeron varias veces por favor especial que concedió nuestro Señor á algunas almas buenas y devotas.

CAPÍTULO VII.

Maravillosa providencia de nuestro Señor en conservar sin corrupcion natural, y con sobrenatural fragancia el cuerpo de S. Isidro, impidiendo con milagrosos escarmientos menoscabar la integridad de sus sagradas reliquias.

U no de los insignes milagros con que suele manifestar Dios la gloria que en el Cielo gozan las almas, es la permanente incorrupcion de sus cuerpos en la tierra. El de S. Isidro se ha conservado con tanta entereza, incorrupcion y milagroso olor, que ha sido admiracion de muchos siglos. En el año de 1463 vino Henrique IV, Rey de España, á visitar el cuerpo santo. Abrióse el sepulcro, haciendo patente al Rey tan precioso tesoro. Adoróle con mucha devocion, y se maravilló infinito al ver al Santo tan sin corrupcion, tan entero y tratable, después que estaba difunto tantos años habia; pero particularmente admiró el olor que exhalaba. Quedósele al Rey tan en la memoria este olor y fragancia celestial, que pasando aquel año á vi-

si-